
Presentación

Un halo, la significación excepcional que posee un hombre, una mujer, gracias a su obra, su desesperación, su sacrificio... La santidad puede ser asimismo un punto inalcanzable en el espacio, un cierto lugar de vigilancia, un faro. Moisés le ruega a Jehová "Mira (nos) desde la morada de tu santidad..." Una atmósfera, tal vez. Un estado de ánimo que ganan y guardan los elegidos para descubrir el camino correcto, acertado de la existencia. David, en los Salmos, pregunta: ¿quién estará en el lugar de su santidad...? El mundo y los días, la historia misma parecen pasar, transcurrir al margen de santos y santas, entidades que surgen y resurgen en un gran ejercicio de poblamiento de ese espacio simbólico al que, acostumbrado a la fantasía, el ser humano parece volver los ojos con frecuencia, ya sea en el arrebató de la angustia, ya en el sencillo y tranquilo prurito de la belleza. Lo importante: permanecer asidos al "espíritu de santidad", mal que bien una elástica manera de perseguir la imaginativa reivindicación del hombre, de la mujer, el niño o el anciano. Una tabla de medir, un buen —o mal— ejemplo. Hay santos disímbolos o mixtos, aterrados o aterradores, escarnecidos habitantes de un éter ideal que tiene y hace su propia historia. Porque la cultura, como la fábula, también se forja mediante ejemplos y modelos. ¿Qué perdimos de la santidad en la Caída? Tal vez nuestra salida del Paraíso fuera sólo un pretexto para saber a ciencia cierta quiénes éramos y somos. Noviembre, mes de muertos y de todos santos, es una buena ocasión para frecuentar nuestra santidad o la ausencia o el rechazo de ella.

Además de notables colaboraciones, en lugar destacado damos a conocer un poema de Rubén Bonifaz Nuño, a quien le dedicamos este número con motivo de su cumpleaños número 70 (12 de noviembre). Nos es grato, asimismo, reproducir la obra pictórica de un excelente artista estadounidense, David Bowes, con las explicaciones del connotado historiador y crítico Robert Rosenblum.♦